

TEMAS DEL MOMENTO

Museo del Prado

Han transcurrido 300 años desde la muerte del gran D. Diego. "Velázquez y lo velazqueño". En el Teatro Español, Buero estrena *Las Meninas*. En la prensa diaria madrileña artículos y comentarios sobre la vida y obra del genial sevillano. Pancho Cosío aprovecha la ocasión para atacar a la Academia... Hay que ir al Prado.

Entramos en el Museo y otra vez nos asalta la duda de haber sufrido una lamentable confusión. Oímos a un guía, infame: "En esta Sala todo es mitológico." No; no nos hemos confundido. Estamos en un Museo y no, aunque nos lo parezca, en la tienda de un anticuario del Rastro madrileño.

Vamos a ver las Salas reformadas. Decepción. La reforma ha consistido en la sustitución del antiguo pavimento de madera por el de mármol. En las Salas dedicadas al Greco, las paredes se han pintado de blanco, lo que, unido al gris del suelo, no favorece mucho, que digamos, las obras expuestas. Los cuadros siguen colgados con el mismo criterio de siempre. Mal de luz. Muy juntos los unos de los otros. Es imposible admirarlos como se merecen.

Si no estuviese tan usada y desacreditada la palabra, vendría a cuento usarla: "funcional". ¿Se concibe algo menos adecuado a su función—que no es otra que la de mostrar telas pintadas a la admiración de las gentes—que el espléndido edificio de Villanueva? Y después: ¿Pueden aquéllas exponerse con menos acierto y claridad que en nuestro Prado?

En fin... Dejemos estas divagaciones, que a algunos pueden parecer bárbaras, y salgamos de nuevo al Salón del Prado. Nos sumergimos en el aire fino y sutil de la Villa mientras nos saluda el sol del otoño madrileño. Marchamos tranquilos hacia nuestra casa. Las obras de arte que guarda el Prado están cada día más seguras. No se pueden admirar como se debiera. Pero se trabaja en la sustitución de los suelos de madera por otros de materiales no combustibles. En caso de incendio... sólo arderán los cuadros.

J. P.

¿Quién restalla el látigo?

La revista *Engineering*, una de las más importantes publicaciones del mundo dedicadas a ingeniería eléctrica, publica en su número de mayo del 59 un editorial que lleva el enérgico título de "*Who cracks the Whip*"? Lo cual podríamos seguramente traducirlo por la frase que encabeza estas líneas. Esta editorial contiene los comentarios a un artículo que aparece en este mismo número, firmado por Mr. T. B. Dunne, el cual plantea las participaciones del arquitecto y del ingeniero en el proyecto y construcción de un edificio industrial.

"Las fábricas—dice el editorial—, en cuanto edificios, solían ser concebidas antes como cascarones vacíos de contenido; ahora son proyectadas para un proceso industrial, y las máquinas, servicios y estructura están integradas en un todo armónico. La fábrica está convirtiéndose en un nuevo tipo de máquina.

"El proyecto de un edificio industrial exige la intervención de muchos ingenieros especialistas; sin embargo, como quiera que la fábrica es algo más que una máquina, puesto que algunos de sus componentes no son puramente mecánicos, su adecuación a los fines perseguidos no puede ser medida con los patrones de la ingeniería únicamente.

"Existen otros factores, uno de los cuales es el estético, en cuya materialización puede verse cómo el arquitecto, valiéndose de tan débil asidero, se eleva al puesto más preeminente en la elaboración del proyecto. Como el ingeniero no estudia arte, el arquitecto se convierte en la pieza maestra como enlace entre el grupo de ingenieros que necesita una fábrica y el grupo de ingenieros que pueden construirla. Aun cuando se reconozca que el ingeniero es un consejero imprescindible, es él, el arquitecto, quien restalla el látigo.

"Ciertamente es que no siempre lleva el arquitecto la batuta. A veces el ingeniero proyecta y construye con el asesoramiento del arquitecto. Pero el hecho de que el arquitecto pueda asumir ese puesto de mando en ingeniería es digno de consideración.

"La moraleja, para el ingeniero, es que, de igual modo que el arquitecto se ha tomado la molestia de aprender algo de ingeniería valiéndose de ello para asumir la dirección en la construcción de fábricas, otros no ingenieros pueden también desempeñar papeles de importancia en estas técnicas nuevas. Si esto sucede, el ingeniero habrá de resignarse a ocupar un puesto secundario en la industria."

Uno piensa, desde luego, que si algunos "no ingenieros"—como dice el editorial—asumen el papel "de pieza maestra" que enlaza los grupos de ingenieros, estos "no ingenieros" también serán en ese momento "arquitectos". Tengan la clase de título que tengan, aunque no sea cosa de discutir.

"Tenemos delante—prosigue—el ejemplo del arquitecto que nos demuestra las ventajas que reporta el ampliar nuestros conocimientos a otros campos." Este ejemplo debe ser la señal de alerta para el especialista. El difunto F. Lloyd Wright dijo una vez que muy pocos arquitectos sabían algo de arquitectura, añadiendo que: "durante cinco siglos la arquitectura había sido una impostura". Recordemos también su descripción del "experto". "Un experto es un hombre que ha dejado de pensar. ¿Por qué habría de hacerlo? El ya es un experto."

Este editorial originó una polémica que se prolongó durante algunos números de la revista *Engineering*.

El diseño industrial

Así que, siguiendo con el editorial anterior, se puede leer: "Hasta en la fabricación del equipo de ingeniería apunta ya la aparición de un nuevo "arquitecto": el diseñador industrial."

Y se aprecia cómo "hay bastantes razones para dar a los estudiantes de ingeniería una buena base en esta disciplina durante su formación". Nuestra Escuela de Arquitectura ha visto también "bastantes razones" para pensar lo mismo, y lo tiene presente, al parecer, en alguno de los primeros cursos. Pero no solamente es la Escuela, sino también algunos industriales, que con una visión bien clara del asunto se dan cuenta del interés que tiene el incorporar a los arquitectos en su "fase de formación" al diseño de las piezas peculiares de sus industrias. Este es el caso de la Fábrica de Platería Pedro Durán, S. A., que ha convocado un concurso entre los alumnos de las Escuelas de Arquitectura de España. Entre las bases de este concurso figura una extraordinariamente significativa y, según parece, poco frecuente. Dice así: Los autores prestarán su asesoramiento para el caso de fabricación de las piezas." Es decir, que esta empresa considera no solamente necesaria la colaboración en

cuanto a diseño, sino que respeta dicho diseño hasta el final solicitando el asesoramiento de su autor en el caso de realizarla. Y hará constar su nombre en los catálogos, que también es un detalle.

Carta recibida

Soy asiduo lector de la Revista ARQUITECTURA, aunque no soy arquitecto, como pudiera parecer, según la primera parte del artículo titulado "Terrazas", publicado en el número 22, correspondiente al mes de octubre del presente año, en el cual publican una nota mía sobre tan interesante tema.

Pero realmente el dirigirme a usted es más con motivo de un artículo suyo que me gustó mucho, titulado "El afeitado de los toros y otros afeitados", que apareció en el número de agosto de la misma Revista. En él decían, tomado de una carta al Director, lo siguiente: "Ahora están revocando el edificio de La Unión y El Fénix y han puesto un cerramiento de madera de mejor calidad que la de Rucabado, que seguramente a los jóvenes les volverá locos." Yo paso muy a menudo por delante de ese edificio y aunque, como ya le digo, ni soy arquitecto ni me tengo por "joven ola", me parece que lo que están haciendo es algo más que un revoco y para mí tiene todo el aspecto de un "verdadero afeitado".

Me gustaría conocer su opinión y la de algún "joven ola" sobre este tema.

Atentamente le saluda,

IGNACIO BRIONES.

Esta Redacción agradece mucho a don Ignacio Briones su amable carta. Y puesto que pide la opinión del autor de "El afeitado de los toros y otros afeitados", éste no hace más que reiterar lo que ya dijo, o sea, su opinión a todo "afeitado" en el día de hoy, ya que si estuvo tal operación justificada en siglos sobrados de personalidades y de ideas firmes, hoy, sin personalidades ni ideas firmes, sometidos a las masas—uniformidad, ideas confusas, rebeliones en serie y tipificadas—necesitamos al menos conservar el testimonio de la originalidad y aun del mal gusto de los que hicieron su auténtica "real gana" en otros tiempos. "El hombre es el único animal que tiene historia", y el tenerla implica recordar los testimonios de todos los tanteos y ensayos, de los éxitos y de los errores, cuya suma constituye esa historia. Los que no tienen historia—las abejas, por ejemplo—no se equivocan nunca al hacer sus ciudades. Pero más vale ser hombre, aun equivocándose, que abeja infalible.

L. M.